

Duodécima. Aplicación especial de las conclusiones 1.<sup>a</sup>, 2.<sup>a</sup>, 4.<sup>a</sup>, 5.<sup>a</sup>, 8.<sup>a</sup>, 10 y 11 á las Repúblicas iberoamericanas para fomentar la intimidad entre ellas; procurando, si fuera posible, la creación de un diario y una revista, comunes á todas, que coadyuven al mismo fin que los propuestos en la conclusión 3.<sup>a</sup>

---

## El programa del siglo XX

---

Hace ocho años calificué así, desde el punto de vista español, el conjunto de las conclusiones votadas en el Congreso Hispanoamericano de 1900. Pensaba yo entonces, y sigo pensando ahora, que la adopción de aquellas conclusiones no resolvía los mil problemas tocantes á las relaciones hispanoamericanas, sino que se limitaba á definir las y á señalar el camino para su resolución. El término feliz de un Congreso internacional no suele representar el término de una obra, sino el comienzo de ella. Á partir de ese momento es cuando las aspiraciones, ya determinadas y proclamadas, necesitan para su cumplimiento de mayor y más constante esfuerzo por parte de todos.

De aquí que yo calificase de *programa* las conclusiones de aquella Asamblea; y creo que no podrá tenerlo más elevado ni más henchido de consecuencias trascendentales para nosotros el siglo XX. Porque si bien se mira, no sólo encierra la transformación de las actuales relaciones entre los pueblos latinoamericanos y la patria de origen, sino que significa, en cada uno de los factores que se relacionan, la modificación de su vida actual, ó por lo menos, la reafirmación de principios ya proclamados y de direcciones emprendidas hacia los más amplios ideales de la civilización moderna.

En efecto, si se prescinde de alguna que otra conclusión (verbigracia, de la sección de Letras), el espíritu dominante en el programa es el espíritu liberal y progresivo,



generoso y amplio, que caracterizará siempre en la Historia el glorioso paso del siglo XIX; y como base de él, la racional aspiración á fundar lo más sólido de la obra en la educación de los pueblos: precisamente, otra de las notas características del siglo que acaba de morir. Bastaría completar el programa con algunas conclusiones que extraña no ver en él, púesto que no faltó quienes las propusieran (verbigracia, la referente á los obreros, indicada en la Memoria de los catedráticos ovetenses), para que por entero abarcase todas las aspiraciones fundamentales de la sôciedad moderna, que pasan como legado de urgente y esencial cumplimiento al nuevo siglo. Y claro es que si las naciones de tronco hispano han de realizar ese programa, tendrá que ser, necesariamente, las unas, reforzando cada vez más su orientación progresiva; las otras, adoptándolo resueltamente y prosiguiéndolo sin vacilaciones. De éstas ha de ser España. Y he aquí cómo los pueblos de ella nacidos vendrán á renovar la sangre de la vieja metrópoli, á devolverle algo de lo que de ella recibieron, lanzándola vigorosamente por el camino de la cultura y de la libertad. España debe saber que sólo á ese precio alcanzará la solidaridad que busca con Hispano-América.

Y no es sólo que, por virtud de la fuerza representada en la política americanista, tenga España (si quiere persistir en el camino emprendido) que romper por completo con atavismos á los cuales, tras cien años de lucha, aun está sometida; sino que en general, y para todas las naciones, el programa liberal del siglo XIX no está, ni mucho menos, agotado.

El siglo XX tendrá todavía que exprimir mucho de su jugo, rectificando direcciones equivocadas que dan la apariencia de soluciones ó de experiencias definitivas; rechazando dogmatismos y doctrinarismos que han falseado los procedimientos liberales; incorporando á ellos nuevos puntos de vista, y sacando consecuencias que no han sabido ver las generaciones pasadas, pero que allí están, aguardando á que alguien las proclame.

Y como uno de los efectos más trascendentales de la acción que han de ejercer necesariamente las naciones americanas sobre la española, cuento yo el de arrastrar por fin á nuestros hombres de gobierno y á nuestra masa inerte hacia la política pedagógica, constituyéndola, cuando menos, en principio fundamental de un partido que no descansa hasta realizarla.

Ahora bien; todas estas consideraciones son perfectamente actuales, porque sólo una parte ínfima de aquellas aspiraciones formuladas en 1900 se ha realizado. El programa está ahí casi íntegro, pidiendo ser cumplido.

Pero ¿quién lo ha de cumplir? Todos tendrían en ello su parte de labor si quisieran. De igual modo que, según dijo Azcárate, en la solución del problema social hay cosas que corresponden al Estado, otras que sólo la iniciativa particular agrupada puede acometer y no pocas que al individuo competen, en el programa americanista hay conclusiones que nunca tendrán eficacia si los gobiernos no las patrocinan y las hacen suyas, y conclusiones cuya responsabilidad cae exclusivamente sobre los elementos sociales. Yo bien quisiera que los políticos españoles y americanos tuvieran presente lo que á su esfera corresponde; porque tocante á ella «no puede bastar el propósito de producir una fuerte corriente de opinión para que determinadas soluciones se impongan á los poderes públicos; tanto por la dificultad, bien sabida de todos, de levantar corrientes de ese género en cuestiones cuya trascendencia sólo ve hoy por hoy una minoría exigua, como por la urgencia extraordinaria de establecer cierta clase de relaciones, anticipándonos á iniciativas extrañas que seguramente se nos adelantarian de aguardar nosotros á que se cumpliese el tardo proceso de una opinión impulsora de la acción gubernamental». Pero esta parte de la gran obra quedará en pura aspiración, si los gobiernos de España y de la América latina no tienen clara conciencia de la gravedad de las circunstancias, y no desean sinceramente llegar á la unión en aquellos órdenes en que es ahora posible.



Y por lo que toca á la obra entera, pública y privada, hay un elemento social á quien, más que á nadie, cumple llevarla á término. Repetidas veces la juventud, ansiosa de acción, desengañada de los partidos viejos, desorientada en punto al camino que debe seguir, ha pedido un programa digno de su ardor generoso. ¡Ahí le tiene! Tómelo por suyo y ponga en él su alma entera. Y si alguien, á título de razonador, le observa que, por ser en algún modo programa de *raza*, adolece de exclusivismo, contéstele que no fuimos nosotros los primeros que deslindamos campos y separamos razas, sino los germanos y los sajones que, no ahora, á comienzos del siglo XIX, por boca de Fichte (más tarde secundado por Gervinus y hoy día por los *jingoes* y los imperialistas de Norte América y de Inglaterra) lanzaron el reto y se propusieron borrarlos del mapa de las naciones con derecho á vivir y á influir en el mundo.

---

## Psicología hispanoamericana <sup>(1)</sup>

---

### I

El estudio de la psicología de un pueblo comprende muchas cuestiones que conviene distinguir y que con frecuencia separan—aun sin percatarse de ello—los mismos investigadores, movidos por la finalidad de su investigación. Algunas de esas cuestiones son independientes entre sí, hasta donde cabe dentro de la unidad orgánica del sujeto; de manera que la resolución de cada una, ó las conclusiones á que en ellas particularmente se llegue, pueden ser indiferentes para la resolución ó las conclusiones de las restantes.

No cabe duda, verbigracia, que la causa ú origen de los caracteres psicológicos que en un momento dado presenta un pueblo, ya se coloque en el predominio de un elemento antropológico ó de raza, ya en el efecto secular de un medio físico, ya en la presión de instituciones humanas (la Inquisición, por ejemplo, que se cita muy á menudo al hablar de los españoles), ni añade ni quita cosa substancial á la existencia de tales ó cuales rasgos característicos que la observación acusa. Y es un gran bien que así sea. Pues hallándose aún tan en mantillas la ciencia respecto de estos asuntos de origen, y siendo quizá imposible en algunos de ellos que pase jamás de ese estado, por carencia de fuentes de información, no por ello sufre nada la psicología pro-

---

(1) Prólogo á la obra de Carlos Octavio Bunge, *Nuestra América*.